

GUADALAJARA EN LA MEMORIA



TOMÁS GISMERA
HISTORIADOR

El apóstol del volapük

Memoria breve de Francisco Fernández Iparraguirre

122 de enero de 1852 nació en Guadalajara (capital), en la plaza de Santo Domingo número 4 para más señas, uno de esos hombres llamados a perpetuar su nombre en la historia provincial. Que pasar, ha pasado a la historia. Pero todavía pudo hacerlo, si la muerte no se lo hubiese llevado a la casi juvenil edad de 37 años, dejando un legado mucho mayor. La muerte, tan sorprendente siempre, lo visitó el 7 de mayo de 1889, después de una *insidiosa y penosísima enfermedad*, como la definió uno de los hombres que más lo conoció, y que compartió con don Francisco alegrías y penas, don Tomás Escriche y Mieg, un francés de Burdeos que se pasó un decenio en la Guadalajara del último tercio del siglo XIX, dando clases de Física y Química en el Instituto de Segunda Enseñanza.

Una familia distinguida

Destacaron, en la Guadalajara del último tercio del siglo XIX grandes hombres que han dejado rastro a través de sus calles. Para desgracia de la historia de la ciudad, y la provincia, muchos de ellos tuvieron que salir a buscarse

GRAMATICA COMPENDIADA
PARA APRENDER

EL VOLAPÜK

Resumen de las lecciones
dadas en el Círculo Filológico Marinense

POR EL DOCTOR

FERNÁNDEZ IPARRAGUIRRE.

SEGUNDA EDICIÓN.

MADRID:

IMPRENTA DE LA VIUDA E HIJA DE FUENTENEBRO,
Bordadores, 10.

—

1886.

Fernández Iparraguirre dio a la imprenta varios libros en torno a la gramática del Volapük.

los límites guadalajareños, principalmente en Madrid. Otros, no pocos, quedaron aquí, como lo hizo don Manuel Fernández de la Rubia, el padre de nuestro hombre, quien en aquella plaza de Santo Domingo número 4 tenía su oficina de Farmacia, o su botica, como entonces se denominaba también a estos establecimientos. La más antigua de la ciudad. También, don Manuel, cuando su hijo nació era, tal vez, el farmacéutico más prestigioso de la provincia. También subdelegado de Farmacia por nombramiento institucional.

Don Manuel, que se trajo a Guadalajara a una guipuzcoana de prestigio para hacerla su esposa, doña Juliana Iparraguirre Sanz, sobrina de aquel cantor que llevó por nombre José María de Iparraguirre, a quien llamaron "el bardo", uno de aquellos berrolarios que cantaron a la España de la época.

Don Tomás Escriché definió a don Francisco Fernández Iparraguirre, sin duda, como mejor puede hacerse cuando se habla de personaje de semejante talento: *"hombre de intachable honestad, y trabajador incansable del progreso."*

Como infatigable obrero de la ciencia lo definieron sus colegas de la Sociedad de Farmacia madrileña cuando se conoció lo oportununo de la visita de la muerte. Pues fue don Francisco uno de los más prestigiosos farmacéuticos, siguiendo la tradición familiar, no sólo de Guadalajara, también de la España de su tiempo.

Gentes hay que nacen con destino, y con él nació y vivió nuestro

Francisco Fernández Iparraguirre.

cuando don Johan sacó á la luz su idioma, y diccionario, comenzando a extenderlo por Europa.

Ciertamente, en eso de las lenguas e idiomas cada cual tiene sus gustos y trata de levantar su frontera. Incrediblemente, hoy más que nunca con aquello de las raíces culturales. Pero entonces estas ideas no parecían existir y hubo gentes que más que la división buscaron la unión, de gentes, países e idiomas.

Coincidio que nuestro hombre, por su cuenta, viajó a Europa para representar a España en un Congreso Farmacéutico que se celebró en Bruselas el año del colera de 1885; pasó por París, ya de regreso a la Guadalajara que nació en la Barcelona de mediados del siglo XIX, y ejerció la medicina en la provincia tantos años que llegó a los casi cien de vida, ejeriéndola.

Fue en la velada de homenaje que tuvo lugar unos días después de la muerte y entierro de don Francisco Fernández Iparraguirre a quien todos, en los méritos laborales, querían igualar.

Y Luis Cordavias dio cuenta de que jamás se mezcló en turbios asuntos de política, que tanto pervierten en ocasiones a las gentes, la mayor parte de las veces encaminados a un fin particular.

Pertenecía, a la hora de su muerte, a unas cuantas sociedades, culturales siempre: al Ateneo de la Habana (del que era socio honorario); al Círculo Filológico



Imagen del Paseo de Fernández Iparraguirre, el recuerdo de Guadalajara a su memoria.

Matriense; al Ateneo Científico de Guadalajara (del que fue socio fundador); la Asociación de Escritores y Artistas de Madrid; la Fonética de Profesores de Lenguas Vivas de París; el Ateneo Caracense, y unas cuantas más.

Fue autor de un buen número de obras gramaticales, de ciencias y de idiomas, utilizadas como texto de lectura y docencia en la Academia de Ingenieros Militares de Guadalajara, así como en el Instituto Provincial, siendo reconocida su obra por la Academia de la Lengua. Entre ellas figura una *Colección de plantas espontáneas en los alrededores de Guadalajara* que le hizo acreedor a la medalla de bronce de la Exposición Provincial celebrada en 1876, poniendo su nombre a una zarza del convento de Pastrana, *la Fernández.*

Toral, un genio. Algo más que el nombre de un paseo, o la placa de una estatua.

Acreditado y laborioso

Como a tallo definió otro de los doctos hijos de esta tierra, a pesar de que su nacimiento tuviese lugar fuera de ella, don Domingo

Apóstol del Volapük

Era, el Volapük, cuando don Francisco Fernández Iparraguirre lo conoció, una de esas lenguas artificiales que tratan de derribar la torre de Babel de los idiomas. Lo creó en aquel tiempo un clérigo alemán, don Johan Martin Schleyer, con la sana intención de que todo el mundo lo hablase de esa manera se derribase una de las mayores fronteras del mundo, la del idioma. Corría el año de 1879

Infatigable obrero de la ciencia

Como infatigable obrero de la ciencia lo definieron sus colegas de la Sociedad de Farmacia madrileña cuando se conoció lo oportununo de la visita de la muerte. Pues fue don Francisco uno de los más prestigiosos farmacéuticos, siguiendo la tradición familiar, no sólo de Guadalajara, también de la España de su tiempo.